

BREVE HISTORIA DEL TRAJE
Y LA MODA



JAMES LAVER

BREVE HISTORIA DEL TRAJE
Y LA MODA

Apéndice de Enriqueta Albizua Huarte

DECIMOTERCERA EDICIÓN

GRANDES TEMAS
CÁTEDRA

Título original de la obra: *Costume and Fashion. A concise history.*

1.^a edición, 1988
13.^a edición, 2017

Ilustración de cubierta: François Gérard, *Retrato de Juliette Récamier*, ca. 1805, París,
Museo Carnavalet. © Album / Granger, NYC

Ilustración de página 4: A. van der Venne, *Federico V y su esposa*, 1626-1628, Ámstersam, Rijksmuseum.

Traducción de Enriqueta Albizua Huarte

Con la colaboración de Belén Fortea

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© First published by Thames and Hudson, London, as Chapters 1-9

© 1969 and 1982 James Laver Chapter 10

© Thames and Hudson Ltd., London

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 1988, 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Depósito legal: M. 17.242-2017

I.S.B.N.: 978-84-376-3728-0

Printed in Spain

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo empezó todo

El traje, a lo largo de casi toda su historia, ha seguido dos líneas separadas de desarrollo, lo que dio como resultado dos diferentes tipos de indumentaria. Desde un punto de vista actual el criterio de división más evidente parecería el dado por el sexo, el traje masculino y el femenino: pantalones y faldas. Sin embargo, no puede decirse que los hombres hayan llevado siempre prendas bifurcadas y que las mujeres no lo hayan hecho. Los griegos y los romanos llevaban túnicas, o lo que es lo mismo, faldas. Los pueblos de montaña como los escoceses o los griegos de hoy en día llevan también faldas. Las mujeres del Lejano y Próximo Oriente han usado pantalones y muchas siguen utilizándolos. Resulta, por tanto, evidente que la división de la indumentaria basada en el sexo no se confirma.

Sí es posible hacer una distinción entre trajes «ajustados» y trajes «drapeados», considerando a la mayor parte de la indumentaria actual dentro de la primera categoría y a los trajes de los antiguos griegos, por ejemplo, dentro de la segunda. La historia ha mostrado muchas variaciones a este respecto y es posi-

ble encontrar tipos intermedios. Quizá la distinción más útil es la que han establecido los antropólogos entre el traje «tropical» y el «ártico».

Las grandes civilizaciones antiguas surgieron alrededor de los valles fértiles de los ríos Éufrates, Nilo e Indo; todas ellas regiones tropicales, donde la protección contra el frío no pudo haber sido la razón principal para vestirse. Se han aducido muchas causas, desde la idea ingenua, basada en la historia del Génesis de que el hombre empezó a vestirse por razones de pudor, hasta ideas más sofisticadas que basan el uso de la ropa en cuestiones de ostentación o de protección mágica. El tema de la psicología del vestido, sin embargo, ha sido abordado en otros estudios. Este libro no tiene por objeto dicha cuestión, y pretende, por el contrario, concentrarse en dos puntos: el de la forma y el de los materiales.

La historia del traje comienza mucho antes de que las primeras civilizaciones de Egipto y Mesopotamia hicieran su aparición. En los últimos años, un gran número de descubrimientos y el estudio de las pinturas rupestres



[1] Venus de Lespugue. Período auriniaciense, Francia. Figura femenina distorsionada —Venus de fertilidad— que muestra una pampañilla formada por tiras entrelazadas de lana o lino.

han proporcionado documentación mucho más antigua. Los geólogos han dado a conocer la existencia de una serie de glaciaciones en las que el clima de gran parte de Europa fue extremadamente frío. Incluso al final de las culturas paleolíticas (es decir, culturas en las que los instrumentos y las armas se hacían tallando piedras duras como el pedernal) la vida se desarrolla en el límite de los grandes glaciares, que cubrían gran parte de los continentes. En tales circunstancias, aunque los detalles del vestido se hayan podido determinar gracias a consideraciones sociales y psicológicas, lo que resulta obvio es que el motivo principal para cubrirse el cuerpo era preservarse del frío, ya que la naturaleza había sido tan tacaña que no había proporcionado al *homo sapiens* un manto de pelo.

Los animales habían sido más afortunados, y el hombre primitivo pronto se dio cuenta de que podía cazarlos y matarlos para conseguir no solo su carne sino también su piel. En otras palabras, empezó a cubrirse con pieles. Esto acarrea dos problemas. La piel del animal que le cubría los hombros le estorbaba en algunos movimientos y dejaba parte del cuerpo al descubierto. Por tanto, se hacía necesario darle una *forma*, incluso careciendo en un principio de medios para ello.

El segundo problema radica en que las pieles de los animales, al secarse, se endurecen y resultan intratables. Había que encontrar algún método para hacerlas suaves y flexibles. El procedimiento más sencillo era una laboriosa masticación. Las mujeres esquimales, incluso hoy en día, dedican gran parte de su tiempo, en su labor cotidiana, a mascar las pieles que sus maridos traen de la caza. Otro

método consistía en humedecer la piel y golpearla con un mazo repetidamente, habiendo eliminado previamente los residuos de tejido que pudieran quedar adheridos a ella. Sin embargo, ninguno de los dos métodos era lo suficientemente satisfactorio, ya que si las pieles se mojaban había que repetir todo el proceso.

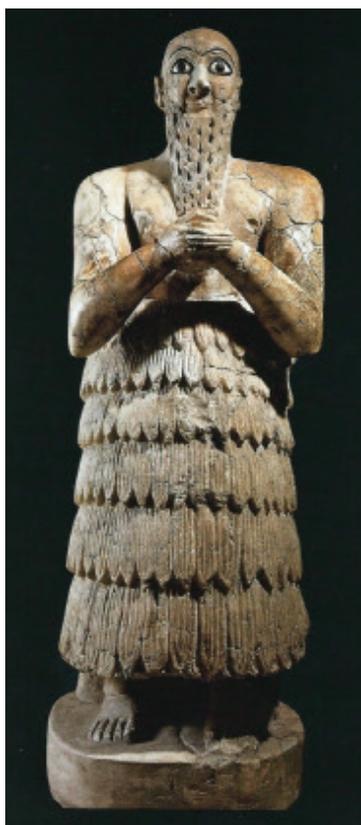
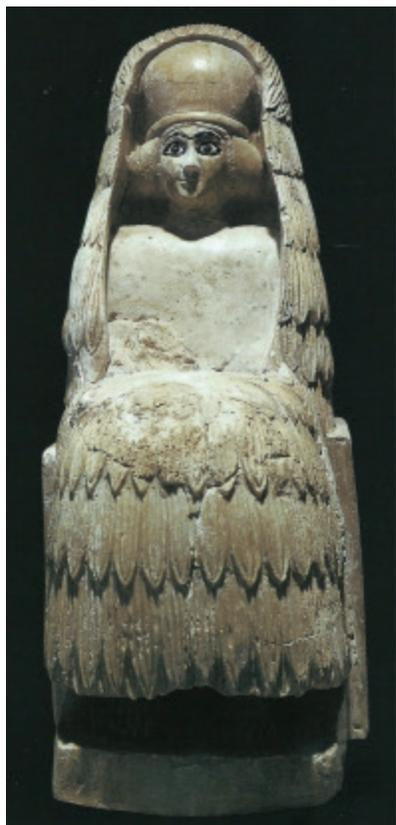
Cuando se descubrió que al frotar aceite o grasa de ballena en la piel esta se mantenía flexible durante más tiempo, hasta que el aceite se secase, se adelantó mucho terreno. El siguiente paso fue el descubrimiento de los tintes; y resulta curioso comprobar que las técnicas básicas de este procedimiento, tan rudimentarias desde sus comienzos, siguen utilizándose hoy en día. La corteza de ciertos árboles, sobre todo del roble y del sauce, contiene ácido tánico, que se obtiene por un proceso de maceración de la corteza en agua, sumergiendo la piel en esta solución durante un buen rato. Las pieles, gracias al baño, se hacen definitivamente flexibles e impermeables.

A estas pieles ya preparadas se las podía cortar y dar forma; se llegaba así a uno de los grandes avances tecnológicos de la historia de la humanidad, comparable en importancia a la invención de la rueda o al descubrimiento del fuego: la invención de la aguja con ojo. Se han encontrado gran cantidad de estas agujas hechas con marfil de mamut, huesos de reno y colmillos de focas, en las cuevas paleolíticas donde fueron depositadas hace 40.000 años. Algunas son muy pequeñas y de una exquisita artesanía. Este invento permitió coser unas pieles con otras y hacerlas ajustadas al cuerpo. El resultado fue el tipo de traje que siguen llevando actualmente los esquimales.

Mientras tanto, la gente que vivía en climas más templados estaba descubriendo el uso de las fibras animales y vegetales. Es posible que el afieltrado fuera el primer paso. En este procedimiento, desarrollado en Asia Central por los antecesores de los mongoles, se peina la lana o el pelo, luego se humedece y a continuación se coloca en hileras sobre una esterilla, que se enrolla de forma muy tirante; después se golpea con un palo. De este modo, las hebras de pelo de lana se unen y el fieltro resultante es caliente, flexible y duradero; además se puede cortar y coser para hacer trajes, alfombras, mantas y tiendas.

Otro método primitivo, utilizando también fibras vegetales, consistía en aprovechar la corteza de algunos árboles como la morera o la higuera. Se hacían tiras con la corteza y luego se ponían en remojo. Después se colocaban en tres capas sobre una piedra lisa —poniendo la central a contraveta, en ángulo recto con respecto a las otras dos. A continuación se golpeaban con un mazo hasta que se unían. Después este tejido, hecho con corteza, se trataba con aceite o se pintaba para hacerlo así más duradero. Este método —muy similar al utilizado por los antiguos egipcios para convertir el papiro en material de escritura— puede considerarse como un punto intermedio entre el afieltrado y la tejeduría.

Las fibras de corteza pueden aprovecharse también para hacer con ellas un tejido propiamente dicho, como lo hicieron los indios americanos; pero el resultado no es tan satisfactorio como el obtenido con otras fibras como el lino, el cáñamo o el algodón. Sin em-



[2-3] Figura femenina sedente y un rey de Mari. Período sumerio, hacia 2900-2685 a.C. Los faldones y los chalets son de mechones de lana o lino, dispuestos en volantes.

bargo, estas fibras tenían que cultivarse y, por tanto, apenas las utilizaron los pueblos nómadas en estado de pastoreo. Estas tribus tenían ovejas, y la lana parece haber sido empleada ya en el Neolítico. En el Nuevo Mundo los animales más útiles fueron la llama, la alpaca y la vicuña.

Tejer a mayor escala productiva requiere un lugar fijo de vivienda, ya que los telares suelen ser grandes y pesados y, por tanto, resulta difícil transportarlos de un sitio a otro. Las condiciones ideales para su desarrollo se dieron en pequeñas comunidades sedentarias, rodeadas de tierras de pastos para las ovejas.

La lana se esquilaba de un modo muy parecido a como se realiza hoy en día. El manajo de fibra, una vez hilado, se convertía en tejido a su paso por el telar. Una vez consolidada la confección del tejido, aunque fuera a pequeña escala productiva, estaba abierto el camino para el desarrollo del traje tal y como lo conocemos actualmente.

La forma más sencilla de cubrirse con una tela era enrollándola alrededor de la cintura. Así nació el *sarong*, la forma más primitiva de falda. El paso siguiente consistió en poner otro rectángulo de tela sobre los hombros, que se sujetaría con fíbulas. Egipcios, asirios,

griegos y romanos usaron prendas de este estilo. De hecho, las prendas «drapeadas» se convirtieron en un signo de civilización. Los trajes ajustados y entallados se consideraban «bárbaros», y los romanos llegaron tan lejos como para decretar, en una ocasión, la pena de muerte para quienes usaran este tipo de prendas.

Una indumentaria basada en el drapeado hacía indispensable un cierto nivel de perfeccionamiento en el arte de la tejeduría para poder producir rectángulos de tela lo suficientemente grandes para tales propósitos. El paso de las pieles de animales al tejido no fue tan sencillo o inmediato como se creyó en un principio. Las esculturas y bajorrelieves de la antigua civilización sumeria de Mesopotamia (tercer milenio a.C.) muestran a personajes ataviados con faldones de tejidos de mechones; es decir, telas que imitan el aspecto de los vellones de la lana, dispuestos simétricamente, a veces en una serie de volantes [2-4]¹. Cuando estos mechones se relegaron a los bordes de la tela rectangular, se convirtieron en un fleco; y este elemento vestigial puede apreciarse claramente en la mayoría de las prendas usadas por asirios y babilonios de ambos sexos.

Algunos autores han señalado (y esta es la opinión más convincente) que los chales con flecos —elemento base en la indumentaria de Asurbanipal, por ejemplo, como puede apreciarse en una escultura suya que se conserva en el Museo Británico [5]— aparecen mucho



[4] El dios Abu (?) y una estatua femenina de Tell Asmar. Período sumerio, principios del tercer milenio a.C. La pampanilla se ha convertido en un faldón y los mechones se han reducido a un fleco.

más ajustados al cuerpo de las figuras de lo que estarían en la realidad. El escultor habría eliminado todos los pliegues y arrugas para poder mostrar con mayor claridad los motivos decorativos de la tela.

¹ Este tejido recibe el nombre de *haunakés*, y por extensión también se denomina así a la prenda (E. Boucher, *Historia del traje en Occidente desde la antigüedad hasta nuestros días*, pág. 9, Barcelona, Montaner y Simón, 1967, pág. 36; M. Beaulieu, *El vestido antiguo y medieval*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971, pág. 25). [N. del T.]



[5] Asurnasirpal II, de Nimrud. Período babilonio, 883-859 a.C. Traje masculino constituido por una túnica larga con mangas ajustadas. Los flecos en disposición diagonal son parte de un chal enrollado, que cubre uno de los hombros.

Las mujeres y los altos dignatarios siguieron llevando prendas como estas, pero en la vestimenta masculina cotidiana este tipo de indumentaria se substituyó paulatinamente por una túnica con mangas. Se cree que las mangas

aparecieron por influencia de los pueblos de alrededor, procedentes de las montañas, al igual que las botas cerradas. Ninguno de estos elementos parecía necesario en un clima tan cálido como el de los valles del Tigris y del Éufrates.

En los bajorrelieves encontrados en Nínive las mujeres apenas aparecen representadas, mientras que las muestras de indumentaria masculina son abundantes. No obstante hay algunas esculturas de diosas en las que estas aparecen ataviadas con vestidos largos con mechones. Es interesante señalar que hacia 1.200 a.C. había una ley asiria que obligaba a las mujeres a llevar velo en público; se trata del testimonio más antiguo que ha prevalecido en esta zona hasta nuestros días. Hombres y mujeres llevaban el pelo largo. Se rizaban el cabello y la barba, adornándolos a veces con hilos de oro entrelazados. Los tocados masculinos, tiaras, tenían forma de maceteros invertidos, aunque los guerreros, claro está, llevaban cascos con una terminación en forma de punta rota. Las prendas militares eran en un principio de cuero que, posteriormente, para la infantería pesada y la caballería, se cubrieron con placas de metal.

Los persas invadieron la civilización babilónica en el siglo VI a.C. Al proceder de las montañas —del actual Turkestán—, de clima más frío, iban vestidos con prendas más abrigadas, pero pronto las abandonaron por las túnicas con flecos y los chales típicos del pueblo al que habían conquistado. Además de usar la lana y el lino, los persas tenían a su alcance la seda [6], procedente de China a través de la larga ruta de las caravanas. Mantuvieron, sin embargo, su tocado característico:



[6] Arqueros persas de Susa, siglos v-iv a.C. Túnicas hechas con tejidos totalmente decorados, con cinturón y mangas anchas. Se rizaban el cabello y la barba con tenacillas calientes.



[7] Persa portador de tributos, procedente de Persépolis, siglo V a.C. Va calzado con botas; en la cabeza lleva un tocado formado por una banda de tejido.

un gorro blanco de fieltro al que los griegos denominaron «frigio» [7] y que, unos dos mil años después, fue adoptado por los revolucionarios franceses como símbolo, como «el gorro rojo de la libertad». Mantuvieron asimismo su calzado característico: unas botas cerradas de cuero flexible, ligeramente curvadas hacia arriba a la altura de los dedos. El elemento más innovador de su indumentaria consistió en el uso de pantalones, que se convirtieron en el rasgo distintivo del traje persa, y que, a juzgar por los escasos restos arqueológicos disponibles, llevaron también las mujeres.

Los medos —de la misma raza que los persas, con quienes estos compartieron sus conquistas en el Imperio— tenían una indumentaria similar, pero más suelta y voluminosa. Sus tocados también eran diferentes; podía tratarse bien de gorros redondos rematados con coronas planas o de capucha. Apenas había diferencias entre el traje masculino y el femenino, salvo en el detalle de que los abrigos de las mujeres eran más amplios y largos. Pero no nos llevaría a ninguna parte, dentro de los límites de un breve estudio como este, intentar establecer diferencias secundarias entre el traje medo y persa, y de otros pueblos todavía hoy seminómadas como los dacios, escitas y sármatas de las estepas vecinas.

A pesar de que el valle del Nilo no es más caluroso que el del Éufrates, el traje egipcio fue mucho más ligero y de menos prendas que el de los asirios o babilonios. De hecho, la mayor parte de las clases bajas y los esclavos en los palacios iban casi o totalmente desnudos [8]. El ir vestido era una especie de distintivo, de privilegio de clase.



[8] Escena de banquete de una tumba de Tebas, Dinastía XVIII, 1555-1330 a.C. Las bailarinas llevan cinturones de cuentas, apreciables a través del tejido diáfano de la larga túnica, un temprano ejemplo de «vestido transparente».

Afortunadamente disponemos de mucha información sobre el traje del Antiguo Egipto a través de estatuas y pinturas murales al fresco, de las cuales se han conservado un gran número de ejemplos gracias a su clima extremadamente seco [9]. La documentación disponible es mucho mayor que en el caso de cualquier otra civilización antigua, y su rasgo más llamativo es su inmovilismo,

de modo que los cambios apreciables a lo largo de un período de casi 3.000 años son mínimos.

Durante el período denominado Imperio Antiguo (es decir, antes de 1.500 a.C.) la prenda característica fue el *schenti*, un trozo de tejido a modo de pampanilla que se sujetaba con un cinturón. El *schenti* de los reyes y altos dignatarios se plisaba y almidonaba, y en algunas

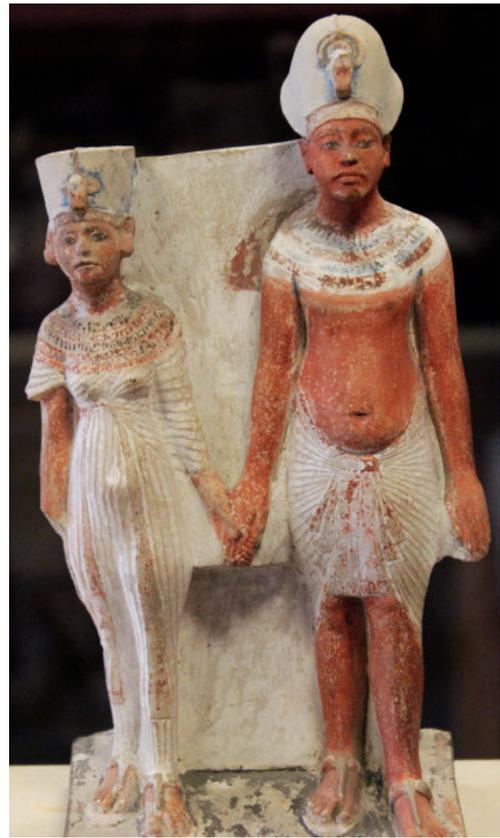


[9] El faraón Tutankamon y su esposa, Dinastía XVIII, 1336-1327 a.C. El traje real difería del usado por el pueblo egipcio en sus tejidos más finos, con cinturones bordados, y sus collares de oro y esmalte.

ocasiones estaba bordado [10]. Bajo el Imperio Nuevo (1.500 a.C.-332 a.C.) los faraones llevaban también una túnica larga con flecos en el borde, el *kalasiris*, que al ser muy transparente dejaba ver a su través el *schenti* de debajo. El *kalasiris* se hacía con un rectángulo de tela, a veces tejida en una sola pieza. Las mujeres lo llevaban pegado al cuerpo, acabando debajo de los pechos y sujeto con tirantes (lo exageradamente ajustadas que aparecen las prendas femeninas en esculturas [11] y pinturas se debe probablemente a convencionalismos artísticos; las prendas serían, casi con seguridad, más amplias). A veces se cubrían los hombros con una capa corta, o llevaban en el cuello un gran collar adornado con piedras preciosas, y los pechos quedarían al descubierto.

A diferencia de otros pueblos de la Antigüedad, los egipcios apenas utilizaron la lana, ya que consideraban impuras las fibras animales. Después de la conquista de Alejandro Magno, empezó a utilizarse para la fabricación de prendas de uso cotidiano; pero siguió estando prohibida en las prendas de los sacerdotes o para amortajar a los muertos. En estos casos se exigía el empleo del lino.

Los antiguos egipcios alcanzaron un refinadísimo nivel de higiene; respecto a este punto, una de las ventajas que ofrecían las prendas de lino era la facilidad con que se lavaban. Por razones similares los hombres se afeitaban la cabeza y la cubrían con unas telas cuadradas de rayas, que se ceñían a las sienes en pliegues angulosos sobre las orejas. En ocasiones de ceremonias llevaban pelucas —a veces de pelo natural, y otras de lino o de palmera. Estas pelucas han aparecido en tumbas antiguas, y estuvieron de moda durante más de 1.000 años.



[10] El faraón Akenaton y la reina Nefertiti, Dinastía XVIII, 1555-1330 a.C. El faraón lleva el *schenti* o pampanilla de fino tejido plisado; la reina, la túnica larga o *haik*, sujeta en la cintura. Ambos llevan grandes collares de cuentas y joyas.

Las jóvenes princesas que aparecen en las pinturas al fresco también se afeitaban la cabeza, mientras que las mujeres de más edad llevaban su cabello natural, dejándose lo ensortijado u ondulado. Los egipcios no llevaban sombreros. Lo que vemos en las cabezas de los faraones es una tiara, o más bien dos, «las coronas del Alto y del Bajo Egipto», una con forma de



anillo, y la otra con forma de casco cónico. Los guerreros llevaban, evidentemente, un casco protector metálico. Tras la conquista griega, el traje egipcio fue cambiando paulatinamente como consecuencia de las influencias extranjeras, si bien el conservadurismo extremo de este pueblo mantuvo las antiguas tradiciones, al menos en las ceremonias religiosas y de gala.

Antes de entrar en el traje «clásico» hay que hablar de la sorprendente indumentaria que llevaron los cretenses [12-14] antes del colapso de la cultura minoica en torno al año 1400 a.C. Nada se sabía de la existencia de esta civilización hasta que las excavaciones de Sir Arthur Evans a principios de nuestro siglo sacaron a la luz la riqueza de sus restos y la complejidad de sus trajes.

La isla de Creta parece haber estado habitada desde antes del sexto milenio a.C.; sin embargo hasta el tercer milenio, en que una oleada de inmigrantes procedentes de las Cícladas introdujo el conocimiento de la navegación, no se iniciaron sus habitantes en el comercio con Egipto y Asia Menor. Era inevitable que estos dos centros influyeran en los cretenses; pero, por lo menos, a partir del año 2000 a.C. desarrollaron su propio estilo, de una increíble originalidad.

Desde el punto de vista del traje, el período más interesante es el de los tres siglos y medio transcurridos entre 1750 y 1400 a.C. Fue en esta época cuando se construyó el Palacio de Knossos, y la mayor parte de la información de la que disponemos procede de los hallazgos de sus excavaciones. Las fuentes de estudio

[11] Portadora de ofrendas, Dinastías XI-XII, hacia el 2000 a.C. Se cree que la decoración del vestido ajustado consistía en una redcilla de cuero.



[12] Diosa de las serpientes, del Palacio de Knossos, Creta, hacia 1600 a.C.



[13] *La Parisienne*. Fresco de Knossos, Creta, 1550-1450 a.C.

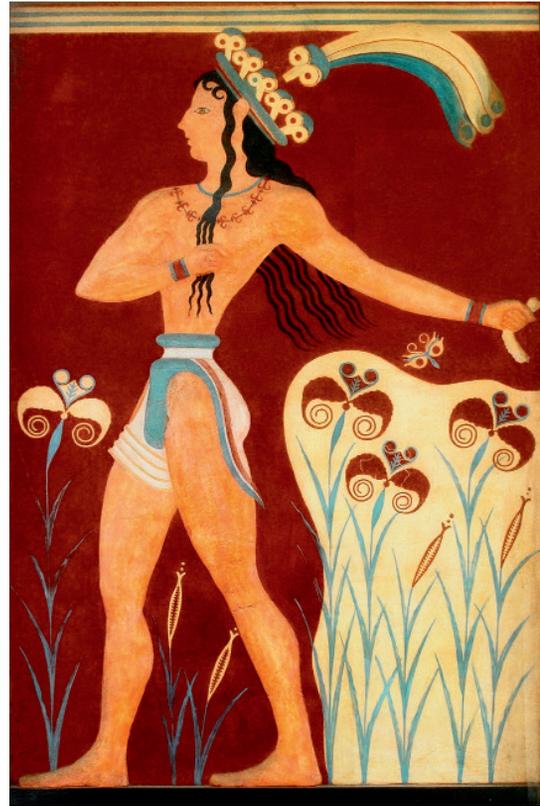
consisten en frescos, cerámica pintada y esculturas; es la última categoría la de mayor importancia, ya que los restos de cerámica no son excesivamente numerosos (comparados con la gran cantidad de vasos griegos del período clásico que se han conservado hasta nuestros días), y los frescos, lógicamente, se encuentran en mal estado de conservación y no siempre se han restaurado con un buen criterio. Con las figurillas de cerámica nos encontramos, sin embargo, en terreno firme, y estas revelan un asombroso grado de lujo y refinamiento.



[14] Diosa de las serpientes, del Palacio de Knossos, Creta, hacia 1600 a.C. Esta figura y la de la página anterior [12] resultan de una curiosa modernidad. Con sus estrechas cinturas y sus faldas *à la Polonoise* sugieren las modas francesas de en torno a 1870.

En cierto modo es, desde luego, una indumentaria primitiva en la que el traje masculino consiste en una pampañilla, que deja el torso desnudo [15]. El traje femenino muestra una serie de volantes, con una cintura muy ajustada, y un corpiño que termina bajo el pecho [12] [14]. Pero la forma de la pampañilla masculina era mucho más variada que el *schenti* egipcio y además podía variar el material: lino, lana o cuero. En el caso de la mujer, su primitiva pampañilla se habría alargado hasta alcanzar el suelo, y luego, por un proceso de superposición de telas, se habría llegado a una indumentaria de un efecto visual increíblemente similar a la moda europea de finales del siglo XIX. Esas cinturas tan exageradamente finas acentuaban esta similitud, y el resultado era tan *chic*, desde un punto de vista moderno, que una de las imágenes más atractivas de los frescos acabó teniendo el apodo de *La Parisienne* [13].

Hombres y mujeres llevaban cinturones, adornados a veces con placas metálicas, y en otras ocasiones hechos enteramente de metal. La estrechez de sus cinturas hace pensar en la posibilidad de que llevaran estos cinturones desde la infancia. Los metales empleados eran oro, plata y bronce, que a veces estaban ricamente repujados. Por lo general, los hombres no llevaban nada en la cabeza; tan solo a veces algún turbante o bonete. Las mujeres, por el contrario, llevaban, sobre peinados muy variados, tocados muy complicados —considerados como los primeros «sombrosos elegantes» de la historia del traje. Algunos de ellos constituyen un curioso antecedente de los sombreros que llevan las figuritas de Tanagra [16] de la época de Pericles.



[15] Rey-sacerdote de Knossos, Creta, 1550-1450 a.C. Los hombres cretenses, al igual que las mujeres, muestran unas cinturas exageradamente delgadas, que solo habrían podido conseguirse llevando un cinturón rígido desde la infancia.

Los cretenses mostraron una extraordinaria pasión por los colores vivos: rojo, amarillo, azul y púrpura, como puede apreciarse en los frescos que se han conservado. Eran también muy aficionados a la joyería; se han descubierto gran cantidad de joyas en las tumbas, tanto de hombres como de mujeres: anillos, brazaletes, collares y alfileres para el cabello. La gente rica llevaba collares de lapislázuli, ágata, ama-



[16] Dama de Tanagra (a la derecha) y criada procedente de Alejandría, siglo III a.C.
Encima de la túnica o *chiton*, las mujeres llevaban enrollado un manto de lino o lana parecido al *himatin* masculino. El curioso sombrerito que lleva la dama de Tanagra sería probablemente de paja.

tista y cristal de roca, mezclados con perlas. No es de extrañar la poca difusión de las fibulas, pues —a diferencia de la indumentaria griega siempre drapeada— la cretense estaba

constituida tanto por prendas ajustadas como drapeadas, lo que hacía menos necesario el uso de alfileres. Ahora vamos a tratar los primeros trajes «clásicos».